



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La tierra adivinada

Autor: Vitier, Cintio

Forma sugerida de citar: Vitier, C. (1993). La tierra adivinada. *Cuadernos Americanos*, 3(39), 88-90.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VII, núm. 39, (mayo-junio de 1993).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA TIERRA ADIVINADA

Por *Cintio VITIER*  
CUBA

CUANDO JOSÉ MARTÍ llegó a Venezuela tuvo una visión, recogida en su discurso pronunciado en el Club de Comercio de Caracas. Esa visión de una naturaleza pujante al servicio de pueblos prósperos y dichosos estaba, sin duda, ligada a las esperanzas que el progreso científico-técnico había encendido en el siglo XIX, y no es casual que su elocuencia la desplegara en un Club de Comercio latinoamericano.

Las expectativas de aquel porvenir llenaron de ilusiones a la segunda mitad del siglo pasado, mientras el nuestro agoniza mirando a la cara del progreso como a la cara amenazante de una esfinge. Pero Martí también previó los peligros de lo que llamara "la ciencia sin el espíritu"; y, por otra parte, esta misma visión termina con una exclamación inesperada: "¡Oh! ¡qué Calvario hemos de andar aún para ver hervir así la tierra...!".

¿Por qué invocar, a propósito de tan paradisíaca visión, un Calvario? Algo muy doloroso pensó él que habría que atravesar para merecer esa naturaleza al servicio feliz de los hombres, y esos rostros que ya no estarían "macilentos, sino jubilosos". ¿Qué tiene que suceder, sino la justicia, para que los rostros macilentos se tornen jubilosos? El desierto humano, dijo Isaías, "florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo". Pero antes hay que, como diría Martí en *Nuestra América*, "bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos".

Diez años después de aquella visión, en el microcosmos martiano de los *Versos sencillos*, se transparenta que el ajuste de historia y naturaleza, la conquista para la primera de la armonía de la segunda, tema oculto y central del libro, sólo es posible alcanzarla mediante el sacrificio exigido por los héroes desde sus terribles "claustrós de mármol". Sacrificio combatiente en "la guerra necesaria", y sacrificio constante de unos hombres por otros, como

se autolimitan los elementos naturales, para que no todo sea tierra, ni todo aire, ni todo fuego, ni todo agua, según ya lo intuyeron los griegos.

Hoy sabemos que aquel progreso que prometía tantas venturanzas se convirtió en nuevo instrumento de división y opresión, extralimitándose en sus métodos, objetivos y ambiciones, hasta llegar a tocar en nuestros días, envenenándolas, las fuentes de la vida. Hoy sabemos que las causas de la posible destrucción por el hombre mismo de sus condiciones de vida proceden directamente del insensato afán de lucro de las sociedades demencialmente consumistas y de la irresponsabilidad ética que las caracteriza. Hoy sabemos que lo que enfrenta la ecología son las consecuencias últimas de la injusticia entre los hombres.

Nos vienen a la mente las palabras de Isaías: 24 ('Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno...'), y su relación dialéctica con Isaías: 35, el himno donde la gloria, hermosura y alegría del desierto, la restauración de la naturaleza, es inseparable de la redención de los desdichados.

Queda claro, pues, que si bien los esfuerzos concertados de los gobiernos e instituciones a nivel regional y mundial para detener el creciente deterioro ecológico del planeta y fomentar una cultura salvadora de la naturaleza, y por lo tanto del hombre, cuentan con nuestro aplauso fervoroso y nuestro militante apoyo, no se nos escapa que en la raíz del problema hay otro deterioro secular: el de la consistencia ética del hombre, el de la creciente injusticia planetaria, agravada cuando "la ciencia sin el espíritu", la ciencia y la tecnología amorales, que ya han puesto en este siglo en peligro de muerte a la humanidad entera, se han convertido en las más equívocas y mortíferas armas que los poderosos han manejado.

La lucha, entonces, contra semejante amenaza, que los actuales datos científicos nos hacen concebir como un verdadero suicidio colectivo, tiene que ser, en primer término y simultáneamente, una lucha por el rescate de los principios éticos que únicamente pueden reconciliar a los hombres entre sí, y a los hombres con la naturaleza.

Pero la naturaleza, siendo una, como el hombre, también es diversa. Al final de su visión americana, decía Martí: "la inmensa tierra nueva, ebria de gozo de que sus hijos la hubiesen al fin adivinado, sonreía...". "La inmensa tierra nueva" nos remite a otro arranque visionario de *Nuestra América*: "En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan de un pueblo a otro, los hombres

nuevos americanos''; mientras la expresión ''ebria de gozo'' nos recuerda un poema de *Ismaelillo*, escrito también en Caracas en 1881, ''Mi caballero'': ''Ebrio él de gozo, de gozo yo ebrio...''), imagen de plenitud y dicha en la relación íntima padre-hijo, como aquí en la relación madre-tierra-hijos.

Pero lo que más nos maravilla (según observamos hace ya veinte años), por la poética audacia del pensamiento que sugiere y que emana avasallador de toda la obra de Martí, es la expresión que ahora queremos (de nuevo) subrayar: ''ebria de gozo de que sus hijos *la hubieran al fin adivinado*''. Porque cuando de crear una cultura original y universal se trata, de eso se trata, en suma: de adivinar, descifrar y traducir la inspiración oculta en la naturaleza propia.

Esta enseñanza es básica en Martí: el gobierno, las leyes y la economía, tanto como la creación literaria y artística, han de tener raíz natural, autóctona. Para él la auténtica cultura, la auténtica liberación, es, sencillamente, *la tierra adivinada*. Esa adivinación sólo le es posible al amor: ''el amor es quien ve''. Por eso cuando se sintió cumpliendo su deber y vocación en los campos de Cuba revolucionaria pudo confesar en silencio: ''llegué al fin a mi plena naturaleza'', patria donde lo exterior y lo íntimo se fundían. Llegaba, simultáneamente, a habitar el testimonio mayor de su *Diario de campaña*, que hizo de nuestra tierra espíritu.

Hoy que tan gravemente es atacada la que él llamara ''la justicia de la Naturaleza'', en lo físico y en lo moral, no desoigamos esas reveladoras palabras, a las que en nuestros días respondió César Vallejo recordándonos que ''la práctica de la justicia es la única cultura verdadera''. Y sólo ella nos salvará.